

XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2020.

El deseo mortífero: una compleja inscripción en tanto rasgo unario, que enmarca la constitución del deseo.

Ramirez Toro, Karen Andrea.

Cita:

Ramirez Toro, Karen Andrea (2020). *El deseo mortífero: una compleja inscripción en tanto rasgo unario, que enmarca la constitución del deseo. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-007/550>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/etdS/6Wz>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL DESEO MORTÍFERO: UNA COMPLEJA INSCRIPCIÓN EN TANTO RASGO UNARIO, QUE ENMARCA LA CONSTITUCIÓN DEL DESEO

Ramirez Toro, Karen Andrea
Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

Este artículo presenta los postulados que articulan aquello del deseo mortífero y su inscripción en el sujeto en tanto rasgo unario, iniciando con un recorrido sobre la concepción de niño y su lugar, el cual llega a tener existencia a partir de los desarrollos de la teoría freudiana. Se sigue entonces con un recorrido por la construcción lógica de los tiempos presubjetivos que delimitan ese punto cero mítico, y permite el devenir del sujeto gestado en el deseo del Otro que acá se concibe como mortífero; estos tiempos presubjetivos se enmarcan en las operaciones lógicas de alienación - separación y los fallos que aquí se inscriben, atraviesan la constitución del deseo, devolviendo la complejidad del problema lógico: cómo desear sin haber sido deseado, lo que muestra ese lugar que arroja el deseo mortífero del otro primordial, y que se pone en escena en presentaciones clínicas en las que el sujeto de manera radical, responde sintomáticamente para evitar el encuentro con ese lugar de nulidad subjetiva, y a partir de lo cual se arma un mito que lleva la impronta del rechazo primordial, la inscripción de ese rasgo unario como marca de esa inexistencia inaugural.

Palabras clave

Deseo mortífero - Rasgo unario - Mito - Alienación - Separación - Nulidad subjetiva

ABSTRACT

THE DEADLY DESIRE: A COMPLEX INSCRIPTION AS A UNITARY FEATURE, WHICH FRAMES THE CONSTITUTION OF DESIRE

This article presents the postulates that articulate that of the deadly desire and its inscription on the subject as a unitary trait, beginning with a journey on the conception of the child and his place, which comes into existence from the developments of Freudian theory. It then continues with a journey through the logical construction of the presubjective times that delimit that mythical zero point, and allow the evolution of the subject gestated in the desire of the Other that here is conceived as deadly; these presubjective times are framed in the logical operations of alienation - separation and the failures that are inscribed here, go through the constitution of desire, returning the complexity of the logical problem: how to wish without having been desired, which shows that place that throws desire deadly of

the other primordial, and that is staged in clinical presentations in which the subject radically responds symptomatically to avoid the encounter with that place of subjective nullity, and from which a myth that bears the imprint of the primary rejection, the inscription of that unary feature as a mark of that inaugural nonexistence.

Keywords

Deadly desire - Unary trait - Alienation - Separation - Myth - Subjective nullity

A lo largo de la historia la infancia se ha tornado en un gran enigma, tomando diversos matices a medida que se ha intentado abordarla, enigma que ha guardado un sinnúmero de cuestiones a propósito de los orígenes del psiquismo y demás dimensiones del ser humano, por lo que en ese transitar entorno a dicho enigma, se han procurado algunas explicaciones que pudiesen articular aquello indescifrable que comporta el sujeto niño y a su vez, respondieran a cómo abordar ese ser que no logra nombrarse plenamente y que reproduce cierto proceder del adulto, pero que no llega a formarse como tal desde su fisiónomía, ni en los comportamientos adecuados a los cánones que la sociedad exige para establecer una orden, pues más bien el niño se llegó a estigmatizar como un salvaje que debe adiestrarse para el mundo adulto. Así entonces llegaron a producirse a partir de ciertos autores, postulados que intentaban decir lo que la infancia teje para el proceder adulto, y de lo que ésta confronta al adulto mismo y sus *pasiones*, dejando ver dichos postulados, los distintos lugares que se le iban otorgando a la infancia según el orden social establecido y las relaciones filiales reinantes en cada época.

Autores como Lloyd DeMause por ejemplo, partiendo desde la psicogenética, establece que a medida que se retrocede en el tiempo mayor es la vulnerabilidad del niño, pues a partir de las etapas de su investigación, se marca el carácter desdibujado de la infancia en la historia, que con el paso de muchos años, llega a tener la primacía que se le otorga en la contemporaneidad, y así para el niño, se pasó de ser un desecho a considerarlo existente. DeMause habla de etapas que han llevado a dar un lugar al niño, las cuales inician con un infanticidio -desde la antigüedad al siglo IV- que entraña una reacción proyectiva del

adulto, le sigue la etapa del abandono -de los siglos IV al XIII- donde se le concibe un alma al niño quien es portador de la maldad, y entonces se establece un intercambio de niños. Una etapa siguiente se denomina ambivalencia -de los siglos XIV al XVII- en la que el niño se concibe como tabula rasa a moldear; le sucede la intrusión -en el siglo XVIII- en la que la proximidad de los padres es sólo para el control conductual del niño, se da el amamantamiento y surge la pediatría. Sigue la etapa de la socialización -siglo XIX- en la que se establece la educación y en donde el padre está presente en la educación de los niños y acompaña a la madre en la crianza, y por último se encuentra la ayuda, etapa en la que el niño define sus necesidades y los padres sólo ayudan al niño en su crianza, etapa que prima en la concepción actual del niño.

Ahora bien, a partir del recorrido presentado por DeMause puede verse cómo evolucionó el carácter de la infancia, como fue ocupando cierto lugar que le permitió existir y correrse de ese marco desdibujado que siempre le acompaña. Sin embargo el encuentro con ese enigma que comporta la infancia, y el intento de descifrarlo, dejan ver lo complejo que es abordar el niño en su condición de sujeto en constitución, pues hasta Freud, se habían dado ciertos lugares al niño en relación a las lógicas paterno filiales imperantes en cada época, pero persistía el desconocimiento respecto al niño en tanto sujeto. Entonces a partir del desarrollo de la teoría freudiana, surge del significante niño antes inexistente, otorgándosele a la infancia el lugar privilegiado por excelencia, ya que para Freud, las experiencias infantiles son las que cobran el máximo valor en tanto se articulan con la inscripción de la sexualidad en el niño, marcando su proceder en adelante.

Así las cosas para el psicoanálisis, la infancia se constituye como el tiempo de la causalidad, el instante donde se inscribe lo primordial, ese significante único que atraviesa la historia del sujeto, la infancia como ese momento en el que se efectúa esa construcción retroactiva de la realidad que para ser fantaseada debe ser reconocida como vivida; llega a ser el periodo de una elección del deseo -tomando a Laurent- que marca radicalmente las relaciones con los otros y con los objetos. Es justamente en la infancia donde el Otro alcanza una primacía decisiva en tanto marca de una vez para siempre a ese *cachorro humano*, como lo nombra Lacan, a partir de las huellas en el cuerpo que libidinizan al niño, y de la inscripción de ciertos significantes que constituyen ese ser que está deviniendo sujeto, todo lo anterior determinado por una anterioridad lógica, el alojamiento de ese ser en el deseo del Otro, deseo que enmarca dicha inscripción y que imprime aquello decisivo para el sujeto y su padecimiento. De esta manera, a partir del panorama respecto a la infancia y los virajes que ha atravesado para ocupar cierto lugar en la sociedad, y de cómo el significante niño y en tanto objeto, llega a *existir* para el Otro y su deseo, es propósito del presente escrito indagar por el deseo del Otro, y el carácter que puede comportar en tanto deseo mortífero[i] que se imprime en el sujeto como

marca indeleble, como rasgo unario, y las incidencias que alcanza en la constitución del deseo en el niño.

Como fue esbozado en un principio la infancia es el tiempo de la causalidad, de la fijación del significante primordial que constituye al sujeto por advenir y su deseo, es donde el niño se encuentra en su punto de indefensión más alto, ubicándose cierta prematuración que hace necesaria la intervención de un otro primordial que haga existir al niño, existencia posible sólo a partir de las marcas que el deseo de ese Otro inscriba. En este sentido, al pretender articular aquello del deseo del Otro y de la constitución del sujeto y de su deseo, es preciso acudir a esos momentos presubjetivos, tejidos como momentos lógicos, míticos, que guardan la marca de movimientos fundantes que instauran los destinos pulsionales y su posterior devenir respecto a la estructura psíquica en la que se inscribirá el sujeto, intentando esbozar así cierta constelación original que precede a cada sujeto en tanto prehistoria, la cual es determinante y cuyos efectos son del orden de lo incalculable.

Todo lo anterior no sin antes establecer la trascendental importancia que adquiere ese otro primordial en el devenir de un sujeto, y cuya intervención es decisiva en la lógica que se inscribe respecto a la constitución del deseo en el niño, y del rasgo unario que se imprime para él, como marca que sólo es posible portar en un primer tiempo lógico, rasgo que luego podrá insistir en inscribirse en la cadena significativa a través de cierto padecer subjetivo que busque decir algo de ese rasgo unario.

Lacan al abordar la cuestión del otro primordial, postula la primacía del otro materno en relación a su *poder absoluto*, en tanto que "*la matriz simbólica por éste aportada, precipita de la insuficiencia a la anticipación, a partir del agente narcisizante que constituye la madre quien agitada por mociones de deseo enfrentadas, que abren la posibilidad de clivaje en la tónica del cachorro humano*" (Lacan, 1953; Lacan, 1949), sumerge al ser en esa *lengua materna* que cobra el carácter de algo muy propio; matriz simbólica que sin más, hace referencia a esa impronta que constituye el rasgo unario, ligándose inequívocamente al deseo de quien realiza esa inscripción, determinando el carácter que ese rasgo unario portara para el sujeto por advenir.

Es así que "*en la más antigua demanda donde se produce la identificación primaria, que fija los significantes del otro materno a partir de la operación de su poder absoluto, es aquella que no sólo suspende del aparato significativo la satisfacción de las necesidades, sino que las fragmenta, las modela en los desfiladeros de la estructura significativa*" (Lacan, 1949: pág. 598), dejando ver que el niño está sin recursos ante la presencia primitiva del deseo del Otro, deseo con un valor estructural en tanto "*del deseo de la madre pende todo lo que en adelante vinculará para el sujeto el acercamiento a su propio deseo, con un efecto de destrucción, y al mismo tiempo lo que define el acercamiento a dicho deseo en cuanto tal, mediante el falo, en tanto que éste es por sí mismo el significante del efecto de deseo en la vida de un sujeto*" (Lacan, 1957-1958: pág. 460), efecto de

destrucción que anticipa aquello que se articula en relación al deseo mortífero y su inscripción como rasgo unario.

Por su parte Freud hace referencia a la madre preedípica y su encuentro con el niño, encuentro traumático en el cual él es un juguete erótico, ubicándose la cuestión respecto “*a qué lugar hemos venido al otro que nos ha tocado en suerte*” (Freud, 1932-1936), Otro histórico que inscribe al sujeto en la serie y del cual le viene lo más íntimo, lo que permite evocar qué lugar en el deseo del Otro antecede al sujeto, qué objeto alojado en el deseo del Otro llega a ser ese niño que sin anoticiarse, porta las marcas de ese encuentro con el Otro y su deseo, por lo que también la intensidad pulsional no es ajena a la relación con éste, reafirmando una vez más la primicia de esa relación preedípica en la estructuración subjetiva y el surgimiento del deseo.

De esta manera, es preciso sostener a propósito de ese otro primordial, que esa relación preedípica en un sujeto, marca radicalmente ese momento lógico de su constitución en tanto, la fijación a la cadena significativa, en particular de ese significante enigmático que atraviesa la vida de un sujeto y se instaura bajo el modo de rasgo unario, circunscribe el marco a través del cual un sujeto entra en escena con los otros y con el mundo, marco que se instala en la dimensión deseante que igualmente signa la pregunta por el deseo del Otro materno.

Ahora bien volviendo sobre los momentos lógicos que anteceden al sujeto y su constitución, es preciso ubicar la alienación y la separación, la primera como marca y la segunda como falta, las cuales le permiten existir al sujeto pasando del “tú eres” al “yo soy”. En principio el *cachorro humano*, tiene que ser primero objeto del “tú eres”, objeto de esa voz materna que deja ver el masoquismo erógeno primario (Freud, 1924), éste como principio obligado para la constitución del “yo soy”, no garantizado de antemano, que es figuración de ese nacimiento del sujeto, de pasar del autoerotismo a ser sujeto del inconsciente constituyéndose primero como objeto. Se trata de un genuino masoquismo que se constituye como primario al ser la vía por donde un sujeto entra al mundo: “ser objeto de la voz del otro”, y así el niño entra al mundo del lenguaje en posición masoquista, en tanto la voz de la madre funciona como estímulo exterior ante el cual le resulta imposible escapar, pues el registro invocante no es simétrico de otro registro libidinal en la dimensión subjetiva, por lo cual el “tú eres” se establece como respuesta a una pregunta no formulada por el sujeto, dando lugar a una lógica en la que el “yo soy” se instaura a partir de un “tú eres”.

De esta manera, ese *cachorro humano* llega al mundo no teniendo un cuerpo, sino siendo un cuerpo que va a ser libidinizado por el otro: la madre, quien lo toma como objeto y al que marca con significantes, marca comprendida como discontinuidad en lo real, en el cuerpo, deviniendo el sujeto como falta en ser. Entonces el sujeto se separa del objeto que él era y así se tiene el sujeto como falta, y el objeto de la pérdida como el que representa parcialmente esa totalidad que el sujeto ha debido perder para constituirse como sujeto, esto siendo antecedente

del sadismo estructurante en tanto el sujeto se constituye fuera. Precisamente esa marca con significantes del otro materno, a modo de fijación e identificación con los significantes del otro, que constituyen ese rasgo unario, es lo que remite a ese “tú eres” en el que la madre toma como objeto de esa voz al niño, la prevalencia de la pulsión invocante, no en el orden de las pulsiones de apuntalamiento sino como uno de los destinos de la pulsión, junto con la escópica, anteriores a la represión; pulsión invocante entonces que desde los inicios de un sujeto cobra radical hegemonía, para luego permitir que ese sujeto se constituya nombrándose a sí mismo como objeto en el campo del Otro, fuera del cuerpo, constituyéndose en últimas en una falta y cuyo efecto es la pérdida: perder su ser de superficie no marcada y nombrándose como un “yo soy”.

Así las cosas en esta anterioridad lógica que constituye la alienación y la separación, se encuentra la elección que tiene que hacer el sujeto entre la marca y el ser, eligiendo la marca, “*pero cómo no ser sólo esa marca*” (Lacan, 1949), marca que en principio se expresa bajo el modo de rasgo unario, que aun siendo parte de esa afirmación que hace existir al sujeto con la producción del “yo soy”, guarda una complejidad en el intento de omitir los efectos de esa marca primordial, pues dicho rasgo llega a ser lo que constituye al sujeto y a su vez, de lo cual es preciso separarse para armar su existencia, articulándose de otro modo en relación a ese rasgo unario, a esa marca primordial.

En esta línea, Lacan propone en el seminario catorce a propósito del “tú eres” proferido por el otro, que la palabra de amor funda un sujeto, esto en relación al acto de nominación que guarda un estatuto lógico en función de la existencia del sujeto, y por su parte la palabra de odio sostiene la pretensión de nombrar unívocamente al ser, poniéndose en escena la cuestión de “*la orfandad absoluta cuando a la existencia solo se la nomina*” (Lacan, 1949). En este sentido se trata de la encarnación de esa nominación, de ese significante primordial, ese rasgo unario que de la mano del deseo mortífero, marcan tajantemente al sujeto por advenir, dejándole sólo la posibilidad de un lugar de nulidad en el deseo del otro materno y para la constitución del deseo, lo que ubica las nefastas consecuencias que devienen de dicha nominación de odio que se gesta en un deseo mortífero de ese otro primordial, consecuencias que marcan la respuesta anticipada por el deseo del Otro con un “tú eres” sin atributo.

Ahora bien, en la anticipación lógica que precede al sujeto que adviene, debe aparecer la separación (Lacan, 1964) como acto inaugural en el que puede decirse hay un sujeto, “yo soy”, y también donde la pregunta por el deseo del Otro retorna fuertemente en tanto se formula en ausencia, no en presencia del otro, con la cual el sujeto se inscribe en la dimensión deseante remarcada por ese otro materno, ó puede esta dimensión tornarse nula, a modo de vacío que no comporta una pérdida sino *inexistencia*, en tanto no hay un lugar en el deseo del Otro del cual perderse, sólo un lugar de orfandad en el que no es posible encontrar algo que viniendo del otro pueda constituirse como

propio en la dimensión subjetiva, una marca que inscriba un alojamiento y un deseo que signe otra cosa para el niño, que no consista en un no-lugar que se perpetúa para él, paradójicamente, como único lugar posible de existencia, lugar estructural donde los significantes no nombran al sujeto, sino en el que se reduce al significante del Otro casi unívocamente, a ese rasgo unario que porta una complejidad en tanto lo que se fija es un deseo mortífero, que no ha entrado en una dialéctica que abra a la dimensión del deseo en el niño.

En este orden de ideas es preciso establecer en este momento un problema lógico: cómo desear sin haber sido deseado, lo que evoca la complejidad de la constitución del deseo, pues partiendo de que “*el hombre siempre ha de buscar su deseo en el lugar del Otro como lugar de la palabra, el deseo estructurado en el lugar del otro*”, y de que el deseo “*se presenta en su forma de condición absoluta y se produce en el margen entre la demanda de satisfacción de la necesidad y la demanda de amor*” (Lacan, 1957-1958: pág. 450), es evidente acá un conflicto subjetivo que interroga por cómo irse de un lugar que nunca se constituyó, pues en la separación, al tiempo que se produce una falta se da una pérdida que permite afirmar al sujeto, que produce una falta en el lugar del Otro y al mismo tiempo en él una pérdida, en tanto objeto del otro.

Justamente este problema lógico se ubica en lo que Lacan denomina deseo renegado en la madre -en relación al deseo mortífero aquí planteado-, deseo cuya marca obtura la constitución del deseo y la afirmación del niño a partir del rasgo unario que constituye dicha marca, encontrándose entonces “*niños no deseados que sólo a disgusto fueron admitidos por ese otro primordial*” (Lacan, 1957-1958: pág. 253), lo que comporta problemas complejos en el momento de instaurar un lugar para el sujeto: con la presencia de un deseo mortífero, no se cuenta entonces con una madre que lo haya deseado, y al no existir el deseo del otro primordial se hace imposible un deseo de separación, por lo que la madre al no acoger al niño lo deja en una posición pasiva, no por no tener actividad sino porque resulta infructuosa la actividad para separarse de un lugar que no hay, dejando ver en definitiva que el rechazo es la marca de una forma particular del deseo del Otro, con lo cual “*el niño como significante u objeto rechazado ... queda excluido de la inscripción simbólica ..., pero no de las consecuencias del rechazo*” (Bruner, 2009: pág. 213), consecuencias que se imprimen en ese rasgo unario que porta el niño.

La complejidad de este deseo mortífero de la madre, nulo en tanto no enmarcado por ninguna legalidad que lo haga reconocer, ese deseo que marca justamente en los *niños no deseados*, habilita la instauración de un “*no querer saber de la cadena significante, en la que solo a disgusto fueron admitidos por su madre*” (Lacan, 1957-1958: pág. 253), lo que deja ver que la dimensión deseante para ese sujeto en estructuración está marcada por la *inexistencia*, pues el niño no pudo ofrecerse como objeto de deseo para esa madre y entonces no pudo formular-

se la pregunta por el deseo del Otro, el enigma del deseo. Se establece entonces una ruptura en la instauración del deseo, desde la lógica demanda-deseo, por lo que la salida al encuentro con el vacío traumático que implica la dimensión deseante es la procura de una obturación bajo la forma de cierto padecer subjetivo, dejándose la pura existencia librada a la orfandad, sin lugar al deseo.

En definitiva son varias las cuestiones que giran en torno al deseo mortífero, sin contar con su determinación en la instauración de la dialéctica del deseo en el niño, pues entre otras cosas permite ver esa inscripción filogenética del rechazo a la infancia que durante siglos la atravesó, y además evidencia las marcas en el niño de su origen trágico, de no querer que exista, siendo preciso ubicar entonces el interrogante a propósito de cómo resulta la relación padre-hijo cuando el niño no satisface ninguna necesidad ni deseo en los padres, qué lugar ha venido a ocupar el niño en el deseo del Otro cuyo carácter es mortífero, pues a partir de dicho deseo es que el sujeto lee la intencionalidad del otro y se sabe no necesario para el Otro, ya que “*antes que nada, somos hablados por el Otro, el significante*” (Lacan, 1966; pág. 65) resaltándose cierto lugar en el enunciado del otro, que en correlación con el síntoma que el niño llega a conformar y lo que él lee como deseo mortífero en éste, consigue confirmar ese no querer que exista y en suma, la posibilidad de ser desechado, por lo que ese sujeto por advenir no necesariamente cumple un deseo en el adulto, reafirmandose así que deseo y procreación no siempre alcanzan un feliz encuentro, más bien la relación que se establece en esta lógica, es entre el goce subjetivo del adulto y su deseo mortífero.

En esta medida, vuelve a ratificarse que el deseo mortífero del otro primordial, alcanza una inscripción tal en el niño, que aparte de ser leído por él, ya se ha fijado en un tiempo lógico anterior, a modo de rasgo unario, como identificación a esa primera marca que se produce como rasgo en tanto asentimiento del otro, el Otro que asiente en inscribirle en la cadena, y sin embargo la cuestión de qué inscripción aquí, donde solo a disgusto fueron admitidos en la cadena significante en tanto antecede un deseo mortífero, y en consecuencia lo que se produce es una inscripción tardía que imprime en el niño, en tanto expuesto a lo que inscribe el deseo del Otro, la primera marca del rechazo que se realiza y queda para siempre, todo siendo posible gracias a la falta de deseo en la madre y la poca intervención del padre, con lo cual el niño toma como única forma de lazo al otro la inscripción temprana del goce paterno.

Así las cosas, en el terreno de una constelación originaria marcada por el deseo mortífero del Otro, que inscribe como rasgo unario el rechazo y deja al niño librado a la orfandad en el deseo, se instaura la cuestión de la *inexistencia*, de un no-lugar en el deseo que concibe al niño en tanto objeto en el deseo del Otro, como puro desecho, sin brillo agalmático, a partir de lo cual llegan a generarse complicaciones subjetivas en las que el niño en su condición de no deseado, responde sintomáticamente frente

al deseo mortífero del Otro, deseo cuyo rasgo fijado complica la constitución de los diques pulsionales para el niño, y en donde además, la cuestión de la demanda queda pobremente instalada en tanto “no querer recibir del otro”. En este sentido surge el interrogante a propósito de qué lugar para un niño que no ocupa ningún lugar en el deseo de los padres, por lo que es preciso acudir a lo que Lacan trabaja en el seminario seis, “*te deseo, te incluyo en mi fantasma fundamental*” (Lacan, 1958), con lo cual los niños que no entran en el fantasma del Otro, encuentran un destino en la inexistencia, esta misma como rasgo unario que encarna el niño y del cual surgen respuestas sintomáticas que dejan expuesta la nulidad del propio deseo, en tanto “*en el otro materno, su no-lugar para el niño en su deseo lo ubica en la complejidad de la nulidad del deseo*” (Coriat, 1996: pág. 219), tomando modos como el deseo de destrucción, deseo de nada, que vuelven siempre al niño, al no-lugar en el deseo del Otro, llevando incluso a la encarnación del dolor de existir inherente a ese no-lugar, que realiza el desamparo y desvalimiento psíquico originario con sus efectos de vaciamiento y destrucción, dando cuenta del disgusto originario en el que los significantes históricos sobre la verdad del ser, resultan insoportables para el niño. Ahora bien, a partir de dicha impronta del rasgo unario que proviene del deseo mortífero, el sujeto a la vez que se anoticia, intenta incluirlo en la cadena significativa, construyéndose un mito que le otorgue cierto sostenimiento, produciéndose una mítica subjetiva que tiene que ver con el lugar en el deseo del Otro, mítica que remite una vez más a la inscripción del significante primordial, ese rasgo unario que marca la forma de relación con los otros y los objetos. Para el sujeto entonces, el mito se instituye como explicación posible del goce del otro, el cual porta como punto cero, siendo un saber cerrado, críptico, que se establece como estatuto de verdad, articulándose a partir de razones estructurales con las contingencias históricas y sus pliegues que comportan lo incalculable.

El mito entonces en un primer tiempo como el que se juega en tanto posición deseante sobre el Otro, y que en un tiempo segundo da forma discursiva a algo que no puede ser transmitido en relación a la verdad, pues esta misma alcanza el carácter de mítica en relación a lo que postula Lacan “no hay verdad de la verdad”, esto puesto en relación a lo que afirma Diana Rabonovich, “El sujeto no tiene dificultad en dar cuenta de cómo fue querido por el Otro, tiene dificultades para dar cuenta de cómo fue deseado”, lo que confirma el estatuto de la verdad como mítica, pues frente a dicha dificultad en decir algo respecto al deseo del Otro, el recurso del sujeto siempre es ese saber mítico que le procure, en el marco de la ficción que comporta, un lugar que le sostenga y le permita incluirse en la cadena significativa con cierta complejidad.

Hasta el momento entonces, se han presentado ciertos postulados que articulan aquello del deseo mortífero y su inscripción en el sujeto en tanto rasgo unario, llegando a ubicar las incidencias de dicha inscripción en la constitución del deseo en el niño, por

lo que fue necesario partir de una construcción lógica de los tiempos presubjetivos que delimitan ese punto cero mítico, que permite el devenir del sujeto gestado en el deseo del Otro que acá se concibe como mortífero. En los tiempos lógicos de alienación y separación se ubica en el primero la fijación del rasgo unario, y la complejidad que guarda en tanto impronta de un deseo mortífero del otro materno, lo que hace necesario ese tiempo de la separación en el que el sujeto a la vez que se afirma en el significante primordial por el Otro aportado, debe procurar separarse para ahí constituirse, y sin embargo en la complejidad del deseo mortífero, que el propio sujeto encarna y a la vez lee como intencionalidad del otro, para el sujeto se presenta una imposibilidad de perderse de un lugar inexistente, ya que frente a la inexistencia del deseo del Otro y los fallos en la operación de alienación - separación, solo resta ser producto de un acto, no de un deseo de separación, y entonces el niño se ubica en la inexistencia para el deseo del otro materno, reafirmando la complejidad del problema lógico de cómo desear sin haber sido deseado, frente a lo cual es posible ver cómo el sujeto responde sintomáticamente desde diferentes presentaciones clínicas que guardan el común denominador, de develar la nulidad del deseo, un deseo de nada, un deseo de destrucción, un deseo de ausencia, respuesta que intenta evitar el encuentro en últimas, con el no -lugar que arroja el deseo mortífero del otro primordial.

Y entonces cuando el sujeto se anoticia inconscientemente de la inscripción de ese deseo mortífero del Otro que se marcó como S1, y cuya impronta es el rechazo primordial, éste va armándose un mito que llega a establecerse como esa ficción, ese saber críptico que el sujeto se procura para dar cuenta de aquello que lo antecede y le fija complejas marcas, marcas que instauran cierta relación con el mundo y con los otros, y delimitan la constitución del deseo para ese sujeto. Se trata en últimas con el mito, de la inscripción de ese rasgo unario como marca del rechazo primordial, que intenta incluirse en una cadena significativa en tanto saber articulado, rasgo unario con el cual el sujeto se las arregla constituyendo cierto padecimiento que intenta inscribir lo que no fue en el principio, y que sin embargo, reafirma la constitución del deseo en relación a la nulidad, a la inexistencia, una dialéctica del deseo devenida del deseo mortífero que instaura en el niño, el deseo de no deseo, que complejiza su lugar en el mundo en tanto su no-lugar en el Otro y su deseo, y que siempre va a guardar la marca de ese rasgo unario que le fija el otro desde su deseo mortífero.

NOTA

[i] Término tomado del Profesor José Dizenhaus, en el seminario “Psicoanálisis con niños” de la maestría en Psicoanálisis; quien realizó su tesis doctoral en relación a la inscripción del deseo mortífero del Otro en el niño, como causa de padecimiento infantil.

BIBLIOGRAFÍA

- Bruner, N., *Duelos en juego*, Buenos Aires, 2009, Letra Viva.
- Coriat, E., *Psicoanálisis en la clínica con bebés y niños pequeños*, La Plata, 1996, De la campana.
- De Mause, L., Artículo Web “La evolución de la infancia”, fuente original “The evolution of childhood” cap.1.
- Freud, S., *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras*, “Conferencia 33: La feminidad”, Vol. XXII, Buenos Aires, 1932-1936, Amorrortu Editores.
- Freud, S., *El yo y el ello y otras obras*, “El problema económico del masoquismo (1924)”, Vol. XIX, Buenos Aires, 1923-1925, Amorrortu Editores.
- Hartmann, A., *En busca del niño en la estructura*, Buenos Aires, 2009, Letra Viva.
- Lacan, J., *Escritos 1*, “El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica (1949)”, “De nuestros antecedentes (1966)”, Buenos Aires, 1988, Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J., *El Seminario Libro 1*, *Los escritos técnicos de Freud*, Buenos Aires, 1953, Paidós.
- Lacan, J., *El Seminario Libro 5*, *Las formaciones del inconsciente 1957-1958*, cap. XXV, cap. XIII, Buenos Aires, 2003, Paidós.
- Lacan, J., *Seminario 6*, *El deseo y su interpretación*, 1958. Versión virtual.
- Lacan, J., *El Seminario Libro 11*, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis 1964*, Buenos Aires, 2010, Paidós.
- Lacan, J., *Seminario 14*, “La lógica del fantasma”, 1966, Versión virtual.